# Scott Fitzgerald y el dinero

En 'Mi ciudad perdida', con artículos inéditos en castellano, el autor de 'El gran Gatsby' detalla su obsesión por la riqueza y el alcance de sus crisis crónicas

Francis Scott Fitzgerald murió en 1940 a la edad de 44 años, de un ataque al corazón en casa de una mujer de la que aún poco se conoce. Ese año se vendieron 72 ejemplares de toda su obra, lo que le reportó 13 dólares de ingresos. En los tiempos actuales, durante un mismo periodo de doce meses, se venden 300.000 copias solamente de su libro más celebrado, *El gran Gatsby*.

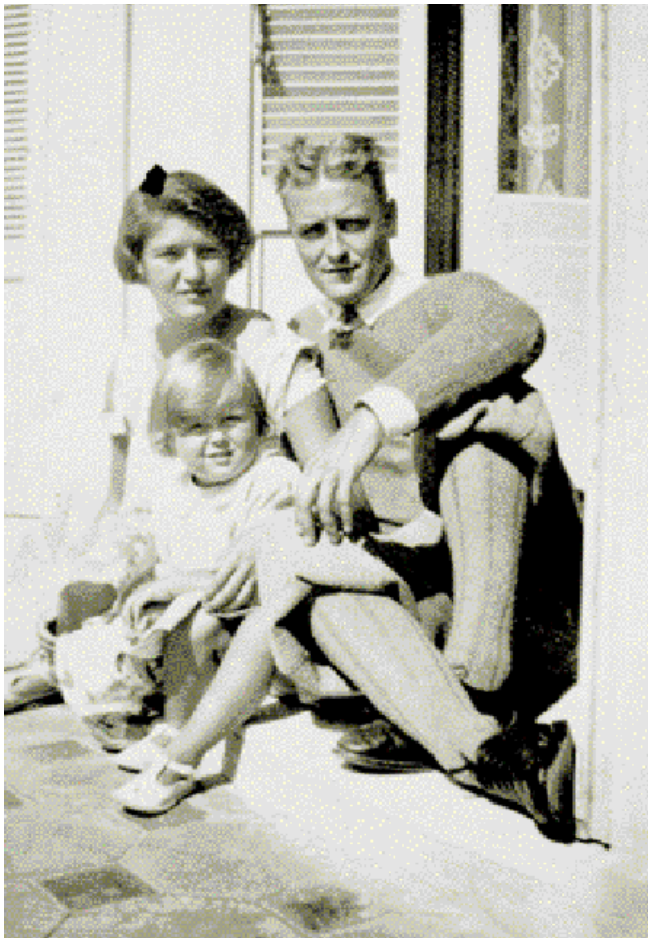
El dato no sólo revela un ejemplo más de la injusticia que algunos autores sufren en vida, mientras que la posteridad les regala toda clase de elogios y dinero para sus herederos. En el caso de Scott Fitzgerald, este agravio se puede considerar todavía más violento por cuanto que él experimentó el ansia de riqueza de un modo vital y radical: si le iba bien es que tenía dinero para gastar, y si estaba con el ánimo bajo es que su cuenta estaba al mismo nivel.

Como se puede deducir de la lectura de sus libros, el escritor estaba fascinado por las élites de la costa este de Estados Unidos, con sus universidades, con sus fiestas, con su lujo, con su opulencia. Una vida a la que él quiso acoplarse, sin conseguirlo del todo, y de la que terminó muy alejado.

La editorial malagueña Zut acaba de publicar *Mi ciudad perdida*, una colección de *Ensayos autobiógraficos*, como reza el subtítulo, en buena parte inéditos en castellano, es decir, no incluidos en la ya lejana traducción de *El Crack-Up* de Mariano Antolín Rato para Bruguera. Entre esos textos se halla el titulado *Cómo vivir con 36.000 dólares al año*, que comienza con un Scott Fitzgerald muy ufano por el dinero que le llegaba de sus guiones para Hollywood y de las editoriales. Tanto que se fue con su mujer Zelda a vivir a "uno de los hoteles más caros" de Nueva York. A las semanas se encontró con que no tenía un dólar. Se lo dijo a su mujer y esta le contestó. "Bien, vayamos al cine".

> El escritor experimentó el ansia de riqueza de un modo vital y radical

Scott Fitzgerald va contando con humor el proceso de su ruina. Tenía 27 años y se consideraba, sin atisbo de vergüenza, un "nuevo rico". Antes que al hotel, la pareja se había ido a vivir a una ciudad a 24 kilómetros de Nueva York y contrataron a una niñera para su hija Scottie, un matrimonio para cuidar de la casa y conducir el coche, y una lavandera. El tren de vida, incluidos los viajes y otros caprichos, mermaban los fondos del matrimonio, sus depósitos en el banco no iban nada bien y tuvieron que afrontar la circunstancia de que sus ingresos de 36.000 dólares al año no eran suficientes.



Junto a su esposa Zelda y su hija Frances Scott 'Scottie' Fitzgerald

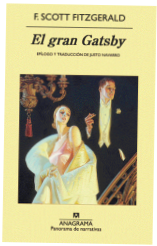
Este fue uno de sus baches, uno de los muchos que tuvo este autor al que le gustaba aparentar y que, en vez de caer en el mal gusto como suele ser lo corriente, hizo de ello una obra de arte. Estudió en la universidad de Princeton lo que, según el sistema de clases que impera en Estados Unidos, significa que uno es ya de los ricos o bien que puede serlo. Scott Fitzgerald se ponía lírico al recordarla: "Tras la belleza de sus torres y la emoción de sus terrenos de juego, el rasgo más conocido de Princeton es su clientela. Una larga proporción de esa juventud dorada que adquirirá una educación se decanta por Princeton. Los Gould, Rockefeller, Harriman, Morgan, Frick…", escribe en uno de los artículos recopilados en este volumen.

A él, sin embargo, no le fue demasiado bien. Escribía más que estudiaba y también protagonizó una serie de fechorías que terminaron en castigos y amenazas de expulsión. Como pensaba que no podría licenciarse en su idealizada universidad, en 1917 se apuntó al Ejército y un año más tarde recaló en un cuartel de Alabama, tierra en la que conoció a Zelda.

## Una nueva juventud

Como si los editores se pusieran de acuerdo y sin que haya un motivo aparente –una película sobre su vida o basada en una de sus novelas–, las obras de Francis Scott Fitzgerald han cubierto de nuevo las mesas de novedades. A la ya citada edición de *Mi ciudad perdida*, se suma la de *El gran Gatsby* vertida al castellano en la editorial Anagrama por un traductor de lujo, Justo Navarro, que también escribe un epílogo en el que califica a Gatsby como "un héroe de tragedia: los mismos pasos que da hacia su plenitud y su felicidad lo llevan a la destrucción". Lo mismo se podría haber dicho de Scott Fitzgerald.

Alfaguara ha reeditado su versión de esta novela con un prólogo de Mario Vargas Llosa, lo mismo que la editorial Paréntesis, que también ha puesto en las librerías *A este lado del paraíso*. Por último, Rey Lear ha editado tres cuentos en los que tanteaba la relación entre un hombre hecho a sí mismo y una mujer frívola y rica, claros antecendentes de *El gran Gatsby*.




Desde el primer momento la pareja pasó por serios apuros económicos. A pesar de sus pretensiones, Scott Fitzgerald no tenía un duro para casarse. Esperaba recibir el dinero de su primera novela para hacerlo, pero la editorial se la rechazó dos veces, la segunda después de haberla corregido como le habían sugerido. El escritor empezó a trabajar en una agencia de publicidad, por un salario insuficiente para el tren de vida que ellos querían llevar. Sólo después del éxito en 1920 de su primera novela, *A este lado del Paraíso*, pasaron por la iglesia, en este caso la catedral de St. Patrick en Nueva York.

En esta ciudad se convirtieron en los perfectos representantes de la "Era del Jazz", expresión que el propio Scott Fitzgerald inventó para contornear el ambiente de fiestas, alcohol y elegante extravagancia de los norteamericanos de los años veinte. Un ritmo de vida que explicaban los crecientes agujeros en las cuentas de los Fitzgerald. Pese a que podría pensarse que la contabilidad no era su fuerte, los textos y anexos de *Mi ciudad perdida* muestran que apuntaban minuciosamente sus gastos, sólo que a veces se despistaban y encallaban en largas épocas de sequía monetaria.

En *Cómo vivir con casi nada al año* cuenta la manera en que salieron de una de sus múltiples crisis. Era el quinto mes seguido de estreches para la pareja, con reducción de gastos para ropa, comida y lujos, cuando les llega una carta. Pensaban que se trataba de otra factura. Pero no. Procedía de un amigo. "Te escribo desde un pequeño hostal en Francia donde acabo de comer como un rey, bañado en champán, por la absurda cantidad de sesenta y un centavos", les decía.

Los dos la leyeron juntos y juntos salieron como una exhalación a la oficina del barco para com-

A los 27 años, el autor, se consideraba, sin atisbo de vergüenza, un "nuevo rico"

prar los billetes e irse con su hija al país galo. No a París, ciudad históricamente cara, sino a la Costa Azul, "que cuenta con la reputación de ser la región más barata pero también la más hermosa del mundo". Así debía de ser hace casi un siglo. No obstante, los Fitzgerald no fueron capaces de ahorrar allí un céntimo.

El autor de *Suave es la noche* envejeció deprisa y murió joven, a los 44 años. Cuando uno lee *Lo que pienso y siento a los 25*, ya detecta que para esta edad le atacaban los demonios del paso del tiempo. El mismo que había escrito que no le gustaba la gente mayor porque no eran capaces de aprender y mejorar. A los 25 años se sentía de lo más vulnerable, expuesto a toda clase de peligros, físicos y emocionales. "No sólo me pueden herir en el pecho, en los sentimientos, en los dientes, en la cuenta corriente; se me puede herir en el perro. ¿Me estoy explicando con claridad? En el perro". De golpe se enfrentaba a las responsabilidades de cualquier persona corriente, la familia, el dinero para sustentarla y, sí, el perro. Pero nunca acabó de aceptarlas e intentó vivir siempre como un joven insolente.

No lo consiguió. Con la llegada de la Gran Depresión, después del caída de la bolsa en 1929, los personajes y la visión de la vida de Scott Fitzgerald parecían de otro mundo. *El gran Gatsby*, publicada en 1925, no se vendió bien, y tardó nueve años en sacar su siguiente novela, *Suave es la noche*, que tampoco tuvo el éxito esperado. Para 1936, su ruina era completa y se dedicaba a pedir adelantos a la revista *Esquire*. El director le decía que, para poder hacerlo, tenía que escribir algo que justificase el dinero. Y así empezó buena parte de los artículos de *Mi ciudad prohibida*.

Probablemente sin quererlo, el autor dio con una variante de la autobiografía que sorprendió en su tiempo porque entonces no se acostumbraba a exponer con tanta crudeza los malos momentos personales. Paradójicamente, esos pequeños ensayos le pusieron otra vez en la órbita, si bien su vida ya estaba muy dañada. Su esposa Zelda estaba en el psiquiátrico y él padecía un alcoholismo letal. Para entonces ya entendía que vida no sólo consiste en subir, sino también en bajar.

**Iñaki Esteban**

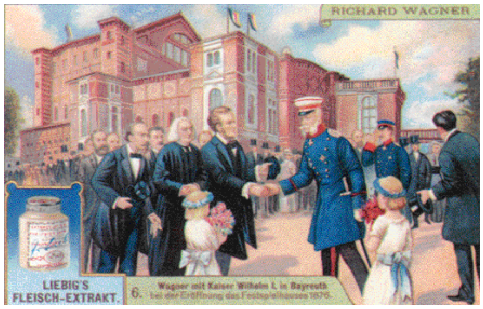
# El triunfo de la música

Acantilado publica la traducción al español de 'El triunfo de la música. Los compositores, los intérpretes y el público desde 1700 hasta la actualidad' del historiador británico Tim Blanning

La cuantiosa e interesantísima relación de los compositores y acontecimientos musicales relatados –siempre contextualizados en su momento histórico, social e ideológico– las constantes referencias bibliográficas, las notas de prensa y los testimonios contemporáneos elegidos, hacen de este libro un escrito muy apetecible para todos aquellos interesados en la historia de la música no desde una perspectiva aislada sino como parte integrante de la historia europea.

En lugar de generar el interés obligando al lector a leer toda la obra para alcanzar el desenlace final, Blanning opta por el sistema opuesto y consigue atraernos mediante un sugerente título y una breve introducción en la que explica su absoluta convicción en el actual: *triunfo de la música*. Para abrir boca, y como buen inglés, nada mejor que un acontecimiento de lo más británico: la celebración del cincuenta aniversario del reinado de Isabel II con *Party at the Palace* –el gran concierto de pop que tuvo lugar en los jardines de Buckingham en 2002– donde según el autor: "No estaba claro si se rendía homenaje a la reina Isabel o a los reyes y reinas del pop". A partir de esta conmemoración, y tomando como base los elementos esenciales que en ella se amalgamaron, Blanning organiza su libro en cinco capítulos en los que desarrolla profusamente cada una de estas cuestiones (los músicos que actuaron poseen algunas de la mayores fortunas del mundo, la insólita ubicación en los jardines de Buckingham que pertenecen a las dependencias privadas de la reina, la impresionante tecnología utilizada que hizo posible que el acontecimiento fuera visto por 200 millones de personas en todo el planeta y la liberalidad de muchas de las letras que se escucharon así como de los gestos y actitudes que demostraron los músicos durante sus actuaciones).

*El músico como Dios*, cuadro pintado por Josef Danhauser en 1840




Wagner recibiendo al emperador Guillermo I en Bareuth

La transformación de la categoría del músico se refleja en la abismal diferencia entre los funerales de Mozart y Beethoven

La triunfal transformación experimentada por la categoría del músico en los últimos tres siglos queda perfectamente reflejada en la abismal diferencia de trato dispensada en los funerales de Mozart y Beethoven separados entre sí por tan sólo treinta y seis años. Mientras que se desconoce el día exacto del entierro del compositor salzburgués, se sabe que las únicas personas que acudieron a su entierro fueron un sacristán y un sacerdote y que no se instaló ninguna lápida para señalar su sepultura. Sin embargo, la fecha del funeral de Beethoven fue declarada día de luto nacional, estuvo oficiado por nueve sacerdotes y acudieron tantas personas a participar en el cortejo que tardó más de hora y media en recorrer 450 metros. Esta evolución ha continuado de manera incesante hasta nuestros días.

**De sirviente a caballero**

Si en la Antiguedad un músico tenía la misma condición que un esclavo y un sirviente, en el siglo XXI un cantante como Bono ha sido admitido por Jacques Chirac en la *Légion d'Honneur*, nombrado personalidad del año por la revista *Time* y caballero honorario por el propio Blair. Los principales artífices de este"triunfo" y las circunstancias históricas e ideológicas más significativas que propiciaron el cambio son los protagonistas de la primera parte del libro. El encarcelamiento que sufrió J.S. Bach cuando trató de abandonar su trabajo al servicio del duque de Weimar, el vínculo más o menos feudal que existía entre Haydn y el príncipe Paul Esterházy e incluso la despedida "a patadas" que el obispado de Salzburgo confirió a Mozart, prepararon, de alguna manera, el camino para la posterior llegada de los "héroes carismáticos" –encarnados en las figuras de Rossini, Paganini y Liszt– y su espectacular acogida por parte de sus contemporáneos. Por supuesto, la figura de Richard Wagner, posiblemente el músico que recibió los mayores honores de la historia tras el estreno en Bayreuth de *El anillo del nibelungo* y que logró situar a la música en el centro de la vida pública, es ampliamente comentada.

**Beethoven, el primer héroe**

También el cambio que el propósito de la música ha experimentado en estos tres últimos siglos ha contribuido a su triunfo final. Desde su primigenia función como vehículo de acercamiento a Dios, pasando por su papel de símbolo del poder y riqueza de un mecenas –ejemplificado al máximo en el despliegue de arte y recursos que Luis XIV llevó a cabo en Versalles– hasta convertirse en el medio de expresión de los sentimientos de los músicos, se ha vivido un largo proceso. La consolidación del concierto público en el XVIII, y su reafirmación en el siglo posterior, proporcionó a la música y a sus creadores una respetabilidad sin precedentes que también sirvió para allanar el camino. Al revalorizarse su papel, la actividad de la música requirió un espacio propio por lo que a mediados del siglo comenzaron a construirse las primeras salas de concierto en Europa. A su vez, los influyentes escritos de, entre otros, Rousseau, Goethe, Schiller y CPE Bach –para el que la música era el lenguaje del sentimiento y su principal objetivo el de imbuir emociones delicadas en el corazón– anticiparon la llegada de Beethoven: el primer compositor de la historia que alcanzó en vida la categoría de héroe y genio.

Por su parte, la mejora de los instrumentos existentes condujo, entre otras cosas, a la aparición del *piano forte* que facilitó su estudio y abarató la adquisición de instrumentos por parte de la clase media hasta tal punto que "en el siglo XIX no había familia en Viena que no tuviese un piano por lo que no resultaba difícil oír a todos los apartamentos de un mismo edificio tocar sus instrumentos de forma simultánea".

**Mensaje de liberación**

El triunfo de Blanning va más allá y viene a demostrarnos que a lo largo de estos tres últimos siglos la música también ha supuesto un mensaje de liberación para naciones y pueblos. La historia nos dice que a mediados del XVIII Federico el Grande y su ejército prusiano vencieron a los austriacos al son de himnos luteranos. En los gloriosos días del reinado de Luis XIV, la cantidad de canciones que celebraban sus últimos triunfos por las calles de París representaron un medio ideal para difundir noticias, opiniones y rumores entre sus habitantes. De la misma manera, *La Marsellesa*, *Rule Britannia*, *Va pensiero* y *Deutschland*, *Deutschland über Alles* cumplieron su propósito de proporcionar un himno de batalla en las revoluciones y guerras de sus respectivos países.

En definitiva, todo un "triunfo" para los amantes de la historia de la música con el que aprender y sobre el que reflexionar.

**Patricia Sojo**